

CRÓNICA

DE REGATAS. — TRIUNFO DE ORIO. — ROBUSTEZ. — LA TROMBA.
VAPORAS

LAS regatas de traineras han constituido la preocupación-cumbre de la quincena.

Este viril deporte, abandonado durante algunos años, revive con gigantescas energías.

Lástima que le acompañe, cual gusano roedor, el reprobable y vicioso afán de las apuestas, realizadas muchas veces en tan inmoderadas proporciones, que afecta dolorosamente al modesto bienestar de laboriosas familias y consecuentemente al tranquilo vivir de los pueblos interesados.

Y para mayor escarnio hemos visto corredores que con su intervención daban al noble juego los repulsivos caracteres de timba legal.

Como si fuera necesario semejante aguijón aquí donde, desgraciadamente, hay una propensión innata a convertir en innobles ruletas las manifestaciones más plausibles de destreza, habilidad, fuerza y vigor.

Sin ese lamentable aditamento de las apuestas, las regatas de traineras merecerían el unánime aplauso de las gentes, pues ningún deporte contribuye tan poderosamente a la vigorización de la raza y al desarrollo de sus naturales energías.

Díganlo si no las últimas regatas que se han jugado en esta Ciudad, llevándose la bandera victoriosa los esforzados remeros de Orio.

Dejando de lado las ventajas de construcción de una trainera, en la que el ingenio del hombre apura todos sus recursos para conseguir una carrera triunfadora, llegando a veces a producir verdaderos juguetes

impropios de ser lanzados en las rompientes del mar Cantábrico, se ha reconocido esta vez que el brillante éxito de los bravos oriotarras ha sido debido a la complejión, fuerza, robustez, vigor de los esforzados remeros.

Consecuencia de tal resultado es la aspiración ya manifiesta de que en sucesivos ejercicios se procure que tales condiciones concurren asimismo en los tripulantes de las otras lanchas, agregando a los pescadores del puerto labradores de recia contextura debidamente entrenados.

Porque merece una especial consignación la original característica de los remeros de Orio.

Son un compuesto de labradores y pescadores.

Viven en caseríos y cultivan las tierras como cualquier labrador de tierra adentro; y cuando el estado del mar se muestra propicio, abandonan las faenas agrícolas, atraviesan la temida barra e intérnanse en el mar para dedicarse de lleno a la ingrata y arriesgada tarea de la pesca.

Su vida es frugal, como es la del casero, el ejercicio constante lo mismo en tierra que en el mar, y en tales condiciones no es de extrañar se desarrollen con una robustez a que no alcanzan quienes hacinados en aposentos malsanos aspiran las enervantes emanaciones de la vida ciudadana.

El ejemplo de Orio ha conmovido a nuestros arrantzales. Para conservar las victoriosas tradiciones donostiarras precisa alcanzar el grado de vigor de que han hecho alarde los remeros oriotarras. Hay que transformarse. ¿Pero es posible tal metamorfosis en nuestro típico barrio de la Jarana?

Si nuestro *arrantzale* no puede injertarse en el baserritarra, cabe en cambio la recíproca. Y de eso se trata.

De todas suertes aplaudimos esta nueva orientación hacia la robustez de nuestra clase pescadora, que ello traerá como consecuencia el revivir de ciertas virtudes que hoy se nos aparecen mustias y marchitas.

No se olvide el aforismo: *mens sana in corpore sano*.

*
* *

La ola vasca invadió Donostia con las gallardias propias de la raza, el día 3, en que se jugaba la primera regata.

Estábamos hartos de esta Babel en que triunfan y se encaraman todas las lenguas con excepción de la nuestra.

Ese día respiramos. Fué una suspensión de hostilidades. Se podía hablar en euskera con permiso del respetable, que esta vez constituían mayoría quienes en toda clase de vehículos navo-terrestres se trasladaron a la hoy coquetona ciudad de las *koškas*.

El grandioso anfiteatro que rodea nuestra incomparable Concha, hallábase ocupado por inmensa muchedumbre. A poco más se ve obligado nuestro Excelentísimo a colgar el cartelillo de «no hay localidades».

Fué emocionante el regateo. Las lanchas contendientes surcaban el mar en carrera desenfrenada, y el buen público, apostado en las márgenes, no sólo les alentaba con cálidos apóstrofes, sino que con vehementes movimientos de hombros pretendía empujar a la embarcación favorita.

Contendieron dos lanchas de Guetaria y las de Orio, Zarauz, San Sebastián y ambos Pasajes.

Llegaron en primer término las de Orio y San Sebastián, quienes con lanchas cambiadas tuvieron que jugar la regata de honor.

*
* *

Pero ésta tuvo lugar el domingo siguiente día 10, y como fiesta acuática fué precedida de un prólogo de la misma naturaleza.

Poco antes de la hora señalada para el regateo descargó sobre esta Ciudad una tromba de agua que inundó casas, calles y paseos. Llegamos a creer que el regateo se verificaría en la Plaza de la Constitución. Romanones dijo que nunca vió caer tanta agua. Ni nosotros tampoco.

Hubo que suspender la regata por la mañana y jugarla por la tarde. El resultado hemos ya apuntado antes.

*
* *

Entre la gente que por mar concurrió al regateo, unos lo hicieron en vapores y otros en *vaporas*. Que vaporas llaman a las pequeñas dedicadas a la pesca.

Y decía un reporter:

—Han llegado excursionistas en vapores de ambos sexos.